

LA OPINION PUBLICA EN LA IGLESIA

PEDRO TRIGO

Algunos pensamos que nuestra Iglesia no duerme. Desde luego que no podemos ofrecer el espectáculo de movimientos disciplinados y numerosos ni de organizaciones eficientes y expansivas ni de instituciones públicas de peso nacional. Nuestra hora no es la del boom institucional. Pero eso no significa que nuestra fe sea macilenta y rutinaria. Tampoco significa que los cristianos venezolanos vivamos oprimidos por instituciones obsoletas e inquisitoriales. De ningún modo.

Significa, creemos, por el contrario que el cristianismo venezolano experimenta en estos años una transformación tan profunda que el nuevo vino no puede verterse en moldes antiguos; significa que los cristianos venezolanos resistimos con valor la tentación de pintar la fachada y preferimos meternos en el proceso lento y doloroso de ir creando al pulso de la vida nuevas expresiones y estructuras.

Se han abandonado muchas obras viejas y otras se transforman con más o menos rapidez y profundidad. Podemos ya hablar en la vida religiosa, sobre todo femenina, de un verdadero cambio de ubicación en la sociedad, un desplazamiento físico hacia el interior y hacia zonas populares de las ciudades y un cambio en las solidaridades de clase.

Todavía debe definirse más, pero es ya un proceso en marcha, incontenible. De él surgen relaciones nuevas, un nuevo modo de sentir al país; se ensayan respuestas, se emprenden acciones, muchas veces titubeantes, en ciertos aspectos insuficientes y aun desorientadas. Pero el conjunto va marcando un sentido, una dirección, un rostro distinto de la Iglesia y un mensaje renovado de salvación.

Vamos a referirnos a un aspecto ideológico que a nuestro modo de ver entorpece profundamente este proceso y obstaculiza, ya que no impide, su desarrollo armónico.

Nos referimos a la criteriología para discernir los diversos elementos de trabajo y la marcha de nuestra pastoral. Creemos que, gracias a Dios, en la práctica privada de cada uno —desde obispos a laicos— el criterio que priva es la práctica. La práctica de cada uno, la práctica de cada grupo, decantada a través del tiempo y de la repetición de experiencias, y contrastada con otros guía a nuestro sentido cristiano de un modo suficiente. De la práctica vamos sacando convicciones, ideas, formulaciones, esquemas ideológicos y símbolos y elementos litúrgicos. Naturalmente que tratamos de conferir esto con los que tienen mayor experiencia cristiana y con los que saben más y con los que a los diversos niveles tienen el encargo de regularizar y de mantener dentro de ciertos cauces las manifestaciones públicas de nuestra fe. Pero el hecho es que al nivel de la base el criterio primordial es, gracias a Dios, la práctica; con ella comparamos lo que hemos recibido y por ella le añadimos nuestro pequeño aporte.

Sin embargo pasa que a nivel de discusión pública este mecanismo tan natural y tan sano del ensayo y error no fun-

ciona. En cuanto hay reunido un grupo que no sea el grupo de base, sea una conferencia de jerarcas o una asamblea pública, se impone como aplanadora la letra impresa. Hasta que lo tratado no se tipifica como un caso contemplado en alguna ley o decreto o recomendación la cosa no tiene carta de ciudadanía; y desde luego si el caso ha recibido ya alguna cualificación negativa, aunque sea indirecta o en un documento secundario o en unas circunstancias totalmente distintas, es ya un caso perdido.

Nuestra Iglesia a nivel público no se considera un lugar teológico. Una falsa modestia o una sicosis de seguridad la lleva a considerarse meramente como el campo de aplicación de lo que otros han pensado, juzgado y determinado.

En el momento en que un obispo puede tapar la boca a otro con una cita de un documento y el otro y la concurrencia entera aceptan sin pestañear la letra sobre la experiencia uno piensa que se ha operado una inversión farisaica. Naturalmente que la cosa no es tan grave en nuestro caso porque —gracias a Dios— en el plano particular las cosas vuelven a su lugar. Pero si aquella tendencia se fortaleciese tendríamos la represión en nuestra Iglesia, cosa que por desgracia sucede en no pocas Iglesias hermanas del continente. Gracias a Dios la Iglesia de nuestro país,

asumiendo las mejores tradiciones venezolanas, es una Iglesia liberal, que es una de nuestras no menores glorias.

El peligro que nosotros queremos apuntar es otro. Se refiere a que hay problemas que por su misma condición son públicos y en las actuales circunstancias se quedan atascados en espera de que otros encuentren la solución para que nosotros la apliquemos. Y eso va siendo cada vez más imposible.

A nosotros nos toca —y nadie podrá hacerlo por nosotros— diseñar nuestros ministerios, nuestra liturgia, nuestro derecho, nuestros modelos de vida cristiana, nuestros símbolos, nuestros catecismos... Naturalmente que sin chauvinismos; pero sería malintencionado pretender que abogamos por una Iglesia galicana y sobre todo sería totalmente irreal cuando —como en los demás aspectos de nuestra vida nacional— el problema es sincerar y profundizar el proceso de sustitución de importaciones y poner las bases para la producción propia de nuestra vida, también de nuestra vida cristiana.

Naturalmente que el cristianismo vino a nuestro país del exterior —nada es autóctono en América si es en realidad el nuevo mundo— pero ya es hora de que la semilla dé frutos, no sólo esos particulares que cada día da, sino el de la constitución integral de una Iglesia con su proposición para el país, con sus teólogos y sus santos, con sus líderes y su opinión pública, con su modo peculiar de ser cristiano que, con su comunión nunca desmentida ni cuestionada, enriquezca la variedad de la catolicidad.

Pero para eso es necesario que la praxis pastoral ocupe el lugar primordial que le corresponde como criterio para discernir nuestra teoría. Que la letra —sea cual sea, aun la Biblia— se compare con nuestro sentido cristiano para que mutuamente se interpreten y esclarezcan. Que aceptemos que no hay ninguna palabra ahistórica, ninguna palabra que no pida interpretación, ninguna norma que no sea un intento siempre provisional y deficiente de dar cauce a la acción. Como también aceptamos que la acción es sólo una tentativa para construir los caminos de la hermandad de los hijos de Dios. ●